

Vivir



EN DOMINGO

TEOLOGÍA / 77

Tamayo: «Las medidas del Gobierno no atentan contra los principios de la Iglesia»

PARQUES NACIONALES / 78

La gestión por parte de las autonomías **preocupa a los grupos ecologistas**

CONGRESO DE LA LENGUA / 86

«Rosario ha sido **una fiesta del español**», concluye Víctor García de la Concha



CALOR HUMANO. Enrique, Gustavo y Lucas, del colectivo Amauta, charlan con Pedro en el túnel de Cibeles, en Madrid. / JOSÉ RAMÓN LADRA

Maldita calle

Hoy se celebra el **Día de las Personas Sin Hogar**. EL CORREO asiste al reparto de café y galletas en la fría noche madrileña

Lucas vivió un tiempo en la calle. Hoy lleva años ayudando a los 'sin techo' con el grupo Amauta

ISABEL IBÁÑEZ MADRID

Marco Stanley Fogg es el protagonista de la novela 'El Palacio de la Luna', de Paul Auster. Un tipo que, por esas cosas que tiene la vida, se ve obligado a pasar una temporada en la calle: «Se acercaba la noche y (...) tendría que encontrar un sitio donde dormir: (...) No había pensado en este problema. Había supuesto que se resolvería solo, que bastaba con confiar en la suerte muda y ciega. Pero una vez que empecé a examinar las perspectivas que me rodeaban, vi lo sombrías que eran».

Lucas pasó hace diez años por la misma situación que Fogg. Vivía en Parla, un barrio «difícil» de Madrid castigado por la droga, como tantos otros. Enredado con la cocaína y después de dos años en la cárcel, quiso huir y marchó a Oviedo «con una mano delante y otra detrás». «Aunque la mía no fue una situación de exclusión, fueron cuatro días. Yo tenía una idea clara de lo que venía huyendo y de lo que buscaba. No todos lo tienen tan fácil».

—¿Cómo fue aquella primera noche?

—Muy mala. No sabes qué va a ser de tu vida. Busqué y conseguí cobijo en un portal, luego en un garaje, aunque con una sensación de angustia, de soledad, de no poder

pensar, de no saber cómo salir...».

Pero salió. Encontró trabajo en Ribadesella y allí vivió año y medio. Luego regresó a Madrid. Cada mañana cogía el tren y al llegar a Atocha veía a 32 personas —«do sé porque las contaba»— alojadas en pequeños soportales. «Eso te revuelve. Y decidí hacer algo, no sólo por lo que pasé, sino porque siempre me gustó echar una mano. Así que monté un grupo con un amigo. Mi madre hacía el caldo y yo el café. El primer día que salí, mi amigo no pudo venir, y ahí me vi yo solo con el termo. Yo decía '¿qué hago aquí?', pero con la gente tengo palique y me solté con un '¿quieres un cafelito? No cobro nada'. Así empecé».

Los dos amigos buscaron una guía de recursos para, además, poder aportar información sobre las ayudas. Más tarde, conocieron a otras personas en la acampada por el 0,7% y todos ellos fundaron Amauta, «un colectivo de activismo social que intenta luchar contra las injusticias» y que trabaja también en otros ámbitos: inmigración, feminismo, ecología... Hoy son medio centenar y salen a buscar a los 'sin techo' los fines de semana, de noviembre a mayo.

Lucas no quiere protagonismo. Dice que su historia es una simple anécdota, que aunque no hubiera

pasado aquellos cuatro días en la calle hoy estaría también cargando con el termo cada noche. Pero el tiempo se está echando encima, así que mejor salir al reparto. Le acompañan el madrileño Enrique Cuesta y el vasco de Barakaldo Gustavo López. Cogen los paquetes de galletas 'maría' y el termo —las provisiones salen de su bolsillo y de las 'operaciones kilo' de los supermercados, donde los clientes aportan algo de su cesta— y se lanzan a la calle. Son las 21.30 horas y en el centro de Madrid hace mucho, mucho frío. Noche adentro —la del domingo pasado—, se alcanzaron los dos grados bajo cero. Lucas también se congeló durante aquellos cuatro días: «Claro que me acuerdo, 'mecagüen' la leche. Un tío me invitó a un café en un bar. Y me sentó de lujo».

Es muy socorrida la frase 'duermen en la calle porque les da la gana'. El personaje de la novela de Auster da sus razones: «La idea de pasar la noche en un albergue me repugnaba. No me veía acostado en una sala con cien mendigos, teniendo que respirar sus olores, que escuchar los gruñidos de los viejos que se peleaban». Algo así piensan Emilio y Ramón. Llevan cinco años juntos y suelen alojarse en la 'suite' de la puerta del Teatro Real. Son los primeros 'sin techo' que se encuentran los chicos de Amauta. Ambos, tumbados en el suelo y dispuestos para dormir, agradecen el café. Lucas se sienta a su lado y les informa de un sitio donde pasar la noche «si se pone chungo».

Emilio: «¿Tienen camas o sillas?»

Lucas: «Sillones. Y hay bocata».

EL DÍA DE LAS PERSONAS SIN HOGAR

- ▶ **En España:** Hay 27.000, según datos del INE, y 30.000, según Cáritas, aunque las cifras son aproximadas por la movilidad de este colectivo. La inversión por persona y día para los 'sin techo' es de 12 euros.
- ▶ **En Madrid:** Según Amauta, hay entre 3.000 y 4.000 personas sin hogar. 400 duermen en la calle.
- ▶ **En Bilbao:** Cáritas atendió el año

pasado a 2.211 personas. Unas 150 duermen a diario en la calle, según el Ayuntamiento.

▶ **En Vitoria:** En el primer semestre de 2004, el Ayuntamiento acogió a 2.384 personas. Hay unos 50 'sin techo' fijos en la ciudad.

▶ **En San Sebastián:** Cáritas atiende en sus centros a unas 130 personas fijas cada día.

Emilio: «Pero no me gusta llegar a las ocho de la tarde. Yo quiero ir cuando me dé la gana, a las doce».

Ramón: «El otro día estuve aquí con tres bajo cero. A mí no me domina nadie. Lo que se gastan en cada uno de nosotros para albergues que me lo den para una pensión. Esos sitios están llenos de yonquis, de ladrones, te quitas los calcetines y cuando te despiertas han desaparecido».

De repente, suena una música. Ramón se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta y saca un móvil. Atiende a la llamada.

Emilio: «Anda, dame un cigarrillo. Yo me quedo aquí. De un lado tengo el palacio de la ópera y del otro, las estrellas. Para mí».

En 'El Palacio de la Luna', Fogg prosigue con su viaje por el lado oscuro: «Hablar en voz alta tú solo, rascarte el cuerpo, mirar a alguien directamente a los ojos, estas desviaciones pueden provocar reacciones hostiles y a veces violentas de las personas que te rodean». Los que saben de esto aseguran que la gente marginada se da cuenta de que lo es precisamente porque nadie les sostiene la mirada. 'El hombre invisible' no es sólo una novela de H. G. Wells. Cientos de ellos vagan por las calles. Lucas se acuerda bien de esta circunstancia: «La gente no te mira. Bueno,



LA VIDA A CUESTAS. Enrique (con pelo largo) y Gustavo ofrecen café o chocolate a una mujer en la Gran Vía de Madrid. / JOSÉ RAMÓN LADRA

DÍA DE LAS PERSONAS SIN HOGAR

lo hacen antes de pasar para ver si vas a moverte. Es el hecho de encontrarte con unos ojos que van a pedirte algo. Yo me acuerdo de que decía 'oye, por favor' y la gente tiraba para adelante. Al menos hay que mirarles a los ojos».

En la Gran Vía, frente al teatro donde se representa el musical de 'Abba', la comitiva encuentra a una mujer sola tirando de dos pulcros carritos. «No tengo amigos, la vida me ha tratado mal», confiesa y acepta la invitación. Enrique explica que lo del café y las galletas es una excusa: «Hombre, a cualquiera le sienta bien cuando llevas cuatro horas helado en una esquina, pero se trata de algo simbólico, de romper la barrera entre ellos y nosotros y de entablar una relación para solucionar su problema, para que recuperen la autoestima y las capacidades relacionales, que sepan que estamos allí y que la ayuda existe».

Al final del túnel

Volviendo a la ficción, Marco Stanley Fogg: «Cada día estaba un poco más sucio que el día anterior, un poco más harapiento y confuso, un poco más diferente de los otros...». En la vida real, viéndoles ahí, en el suelo, hechos un ovillo entre cartones y mugre es fácil olvidar que uno podría estar en su lugar. Los tres chicos de Amauta pasan delante de un cine. Hay un bulto en un rincón. Lucas piensa primero que son papeles, pero no. Es un joven que reposa hecho un cuatro. «¿Quieres un cafecito?», susurra Gustavo. No hay contestación. Duerme profundamente. «Si responden a la primera, bien, pero, con lo que les que cuesta conciliar



COMUNICACIÓN. Lucas, sentado sobre el termo, charla con Pedro y le informa de sus posibilidades para dejar la vida en la calle. / J. R. LADRA

El café se convierte en una excusa para romper barreras y ofrecer ayuda

el sueño por el frío y la incomodidad, preferimos no despertarles», explica el chico.

«¿Vamos a buscar al dueño del banco Ambrosiano?», pregunta Lucas. «Dice que también son suyos Banesto y un equipo de fútbol italiano, y que la guerra del Golfo comenzó contra una empresa petrolera que le pertenece». Pero no está. La movilidad de las personas sin hogar es grande, aunque muchos buscan su propio rincón. Como lo tenía Pedro, que dormía en una sucursal bancaria de la plaza de Callao. Fue uno de los afectados de la colza y había tenido problemas con el trabajo. La gente le trataba como a un vecino más. «Era 'su' mendigo. Después de muchos años, le convencimos para que fuera a un albergue. Ahora está en una residencia para mayores», cuenta Enrique. Le echa de menos, dice que es fácil crear vínculos: «Cuando de repente no ves a uno te preocupas, tienes que hacerte un poco duro. Antes salíamos todos los días, pero es dema-

Amauta quiere que estas personas dejen de ser 'invisibles'

siado. Ahora sólo vamos el fin de semana».

La comitiva se encamina a La Cibeles y se interna en el túnel de Banco de España. Son las once de la noche y por aquí no pasa ya mucha gente. Al fondo, detrás de una reja, aparece Pedro, de Cáceres. Con esa barba recuerda mucho al cantautor argentino Rafael Amor. Lleva dos años en Madrid. En la maldita calle. «Tengo una historia psicológica», avisa, y les sorprende con un libro de Luis Llongueras sobre Dalí. «¿Os interesa? Sólo hay 3.500 ejemplares, decidlo por ahí». Enrique le pone un cafecito, Gustavo le entrega un paquete grande de galletas y Lucas se sienta sobre el termo.

Pedro: «Quiero saber si tengo derecho a una residencia».

Lucas: «Primero te tienen que evaluar y has de estar empadronado en algún sitio, aunque sea en un portal. Así podrás acceder a las 45.000 pesetas de inserción».

Pedro moja las 'marías' en el café de dos en dos. Luego de tres

en tres. Seguro que no ha comido en todo el día. Las galletas se agotan antes que la conversación.

Pedro: «Yo quiero dejar ya esta vida. Y he tenido una idea. Como hay tanta gente en la calle, igual se necesitan voluntarios para atenderlos y qué mejor que alguien de la calle como yo».

Lucas: «Los voluntarios no cobran y antes tienes que cuidarte tú».

Pedro: «¿Quién me va a evaluar?»

Lucas: «Nosotros te traeremos mañana a una gente para que te vea. ¿Estarás aquí?»

Pedro asiente. Sí, mañana seguirá en su rincón. Y quizás sea el principio de algo mejor. En 'El Palacio de la Luna', agarrado a sus rodillas y mirando la sopa de verduras que acaba de vomitar, Marco Stanley Fogg comprende finalmente su realidad: «Esto es la soledad humana, me dije. Esto es lo que significa no tener a nadie».

Un vasco en la noche madrileña

I. I. MADRID

Gustavo López es un joven periodista de Barakaldo. Tiene 29 años y hace cuatro llegó a Madrid. Encontró trabajo en una revista. Y a las gentes de Amauta. «Este nombre lo escogimos porque nos gustaba, era el prototipo de la cultura inca, el que recogía las historias y las transmitía oralmente».

«Al principio me daba mucha cosa lo del reparto, no sabía muy bien cómo acercarme a ellos. Y hay de todo, pero en general te aceptan bien». Claro que no sólo es satisfactorio para las personas sin hogar; también para los voluntarios. «Te hace ilusión, pero lo más importante es que te empiezas a dar cuenta de una realidad, de un colectivo que es invisible, puedes pasar al lado de uno de ellos y ni te fijas».



HAMBRE. Café y galletas. / J. R. L.

ma de los centros psiquiátricos, «cuando se decidió que todo aquél que no fuera peligroso debía salir. Pero sus familias no pueden sostenerles y acaban en la calle».

«No se puede hablar de un colectivo, ni siquiera ellos se ven así»

«Ver un bulto y olvidar que es una persona»

I. IBÁÑEZ MADRID

Enrique Cuesta se acuerda perfectamente del primer día que salió al reparto de Amauta, hace siete años: «Era el fin de semana del 20-N y yo iba con un compañero muy alto, con la cabeza rapada y vestido de negro. Cuando entramos en un túnel de Atocha, las personas que allí estaban se echaron para atrás y empezaron a decir: 'No nos peguéis, por favor'». Enrique tiene 27 años, trabaja de conserje en un colegio, estudia Ciencias Políticas y el hecho de salir a repartir café le aporta «mucho satisfacción personal. No tanto por el trabajo, porque a veces llegas a casa muy cansado y enfa-

dado contigo y con el mundo, sino porque ir a los institutos y hablar con los chavales para sensibilizarles, variar su forma de ver el mundo, me ayuda no sé si para sentirme mejor a ratos, pero sí para ver que algo se puede cambiar».

Aclara que no se puede hablar «de las 'personas sin hogar' como de un colectivo. Primero porque no se identifican como tal y segundo porque no lo son. Yo haría divisiones». Explica que, por un lado, están los crónicos que llevan toda la vida en la calle, «varones de 40 años en adelante con una historia detrás de fracasos laborales y familiares, y con problemas con el alcohol». Un segundo grupo procede de la refor-

El voluntario de Amauta habla de otro grupo, «gente joven, alrededor de los 30, con problemas de toxicomanía importantes, del último coletazo de la heroína, y otros que no tienen esos problemas pero que los desarrollan cuando se juntan la precariedad laboral con problemas familiares». Y el año pasado emergió con fuerza el grupo de los inmigrantes. «El 80% de los recursos extraordinarios de Madrid en la campaña del frío de 2003 fue para ellos». El 20% son mujeres.

Lucas, que a sus 37 años es pintor de interiores -anda montando un pequeño negocio-, habla de «la ilusión y las ganas de que esto cambie, la satisfacción que te da que la gente varíe la idea muy equivocada de que el que está en la calle es porque quiere, que es lo que se oye en las casas». Dice que no quiere «ver un bulto y olvidar que es una persona. No es una caja de cartón. No quiero hacerme yo también de cartón».